

no quiso, por temer, según decía, al Comisario, á causa de haber hecho entrar á Constanzo en Cremona. El intentar unos sublevar la ciudad y no querer otros que se castigara á los culpados, convenció al Comisario de que no podía fiar en los habitantes, y le indujo á emplear la fuerza para sujetarles, etc.

Al mismo tiempo que presentaban á D'Antraigues la carta del rey de Francia, fué enviado Antonio Mellini á la Lunigiana para mostrarla también á los que ocupaban las plazas de Serezana, Serezanello y Pietrasanta. El castellano de Serezana respondió que no le bastaba la carta del Rey para entregar la plaza, y que la de Ligny no tenía la contraseña que habían convenido. El de Serezanello dijo que no tenía encargo de rendirlo sino cuando hubieran sido entregadas Serezana y Pietrasanta. Cuando se debatía este negocio llegó orden de Ligny á dichos castellanos prohibiéndoles entregar las fortalezas porque, hecho el acuerdo entre Francia y la Liga, y necesitando él volver á Nápoles, quería, por seguridad propia, poseer aquellos castillos, y aunque al mismo tiempo llegaron nuevas cartas del Rey, *tamen* no produjeron efecto alguno.

Por entonces vino Fracassa á Pisa, y á la condesa de Imola se le había muerto maese Jacobo (1), gobernador de la plaza y amante suyo, según se decía, no sin escándalo.

Se fugó también en aquel tiempo del campamento Rinier de la Sassetta, convirtiéndose en rebelde de los florentinos.

(1) Jacobo Fei de Savona, su segundo marido.

NOVIEMBRE Y DICIEMBRE DE 1495.

No pudiendo los Orsini ocupar á Cortona por sorpresa como habían intentado, volvieron á Gualdo con sus tropas para vivir á costa de los que hacían alarde de no ser sus amigos, y creíase que Virginio Orsini diferiría atacarnos resueltamente, dando tiempo á que ocurriera algo que excusara su conducta, porque se notaba su falta de deseo en continuar la guerra. Por otra parte, sin grandes motivos no podía romper sus relaciones con Pedro de Médicis, de quien era pariente y con cuyo dinero había equipado sus tropas.

Cuando éste le impulsaba más á obrar, supo Virginio que el Comisario de Cortona había descubierto la traición en la ciudad, intentando en vano castigar á los culpados, y que los cortoneses no consentían la entrada en la población de los hombres de armas.

Estas noticias hicieron confiar á los Médicis en que, si se presentaban ante los muros de Cortona, fácilmente se sublevarían sus habitantes y, alentados por esta esperanza, determinaron marchar adelante, viniendo á acampar á Penicale, y después se presentaron una mañana en Orsaia, á dos millas de Cortona, donde estuvieron en vano hasta la noche, porque el Comisario reunió sus fuerzas al pie del monte y echó fuera de la población á los habitantes de Cortona, con lo cual quitó á los enemigos los medios de aproximarse más á la población, y á los cortoneses los de sublevarse. En vista de ello, Virginio

Orsini se retiró con sus tropas, pasó al día siguiente el puente de Chiusi, y estableció su campamento entre Calcione y Lucignano.

Por el temor que inspiraban los Médicis, la mayoría de nuestras tropas estaban del lado por donde amenazaban, y por la parte de Pisa se habían dejado sólo las indispensables para guardar las poblaciones, siendo nombrado Comisario de ellas Antonio Canigiani que, conforme á las órdenes del Consejo de los Diez, las distribuyó en guarniciones, porque había regresado á Florencia Pablo Antonio Soderini, y antes fué relevado Francisco Valori. Lo mejor, pues, de nuestro ejército estaba hacia la Romaña, á las órdenes de Pedro Vettori, hombre práctico y de gran reputación entre los soldados, que con suma diligencia observaba los movimientos del enemigo, cuya dirección era incierta, no sabiéndose por dónde acometería, si por Val d'Ambrá ó por Chianti, porque Pedro de Médicis se había situado con sus tropas en Arezzo, para estar próximo á la vía que se eligiera. Nombrado Vettori comandante de Pistoia, le sucedió en el mando Bernardo Nasi que, con igual diligencia, vigilaba á los enemigos.

Así las cosas, ocurrió la tregua entre Francia é Italia; el Castelletto de Génova fué entregado en manos del duque de Ferrara, y el rey Carlos VIII volvió á Francia. Hizo éste después nuevo tratado con Florencia, y envió á Toscana á monseñor Gimel, con dinero para los Vitelli y los Orsini, á fin de que pudieran invadir el reino de Nápoles, y con orden para que les devolvieran á los florentinos sus plazas aun ocupadas. La venida de Gimel infundió esperanzas á los florentinos de poder interrumpir las negociaciones entabladas entre D'Antraigues

y los pisanos por mediación de los luqueses y, cuando llegó á Pistoia, enviaron á su encuentro á Pablo Antonio Soderini y á Lorenzo de Médicis, para que, sin dejarle pasar adelante, le indujeran á cumplir su misión en nuestro favor.

Persuadido Gimel, envió un emisario á Pisa con copia de las órdenes que tenía, la promesa del Rey de perdonar á D'Antraigues su desobediencia hasta entonces, y la de los florentinos de darle las seguridades que quisiera para su persona; pero el emisario, apenas había salido de Luca, fué atacado en el monte de San Julián, derribado del caballo y, no sin peligro, salvó la vida. Al saberlo Gimel, se trasladó con los demás franceses venidos de Florencia para el arreglo de estos negocios á Luca, punto más cómodo para las negociaciones. Entretanto se recibieron nuevas cartas de la corte de Francia, diciendo que el Rey había enviado otro emisario á D'Antraigues, para apresurar la rendición de Pisa, y el emisario era un cuñado del dicho D'Antraigues, llamado monseñor Buteaux, quien, por el parentesco, esperaba convencerle. Al llegar Buteaux á Toscana, se apresuraron á enviarle á Luca y de allí á Pisa, pero encontró que D'Antraigues había capitulado ya con los pisanos.

Antes de salir Buteaux de Florencia se convino con él en las señales que haría al ejército florentino, cuando D'Antraigues decidiera entregar á Pisa, y fué enviado Pablo Antonio Soderini á Pontedera, para concentrar las tropas y acercarse con ellas, al ser llamado. Estando Pablo Antonio observando sin cesar si veía ú oía alguna señal del lado de Pisa, advirtió que llevaban artillería á la ciudadela y hacían fuego. Creyó que era señal de D'Antraigues en demanda de auxilio, y seguida-

mente avanzó con sus tropas. Para avisar á D'Antraigues que iba en su socorro, envió alguna infantería y caballería á tomar la abadía de Sansovino, situada entre Cascina y Pisa, ordenando al resto del ejército dirigirse á dicho punto; pero llegó entonces uno de Pisa, y dijo que el día anterior se había verificado en esta ciudad una procesión solemne, con una bandera de Nuestra Señora delante y todo el pueblo tras ella y que, al llegar la cabeza de la procesión á la ciudadela, salió de ésta D'Antraigues con las llaves en las manos y, arrodillado ante el estandarte de Nuestra Señora, reprobó la tiranía de los florentinos, recomendando á la Virgen la libertad de los pisanos y atestiguando con lágrimas en los ojos que si ponía aquella ciudadela en manos de éstos, era por el convencimiento de la justicia de su causa y de la iniquidad de sus adversarios. Añadió que, hecho esto, los pisanos celebraron la posesión de la ciudadela con fuegos artificiales y grandes muestras de regocijo.

Comprobadas dichas noticias por otros conductos, renunciaron los Comisarios á su empresa; retiraron las tropas de Sansovino, y comprendieron que era indispensable acudir á la fuerza, puesto que la autoridad del Rey de Francia no bastaba para que cumplieran sus vasallos los compromisos contraídos.

Mientras ocurrían estos sucesos en Pisa, no eran menores los trabajos por otros lados á causa de la alarma que infundían las tropas de los Orsini, las cuales, permaneciendo en el territorio de Siena, mantenían la incertidumbre y las sospechas en nuestros capitanes. Pero á fin de que los Orsini tuvieran también que cuidar de su seguridad, y para ocupar sitio desde donde mejor pudieran impedir sus designios, determinó Bernardo Nardi

salir con nuestro ejército de Arezzo, y se dirigió á Civitella. Con esto, no sólo quitó al enemigo el ánimo de avanzar, sino le hizo atender á su propia seguridad por el temor de ser atacado, temor que le obligó á retirarse al Bagno en Rapolano.

No estuvo allí mucho tiempo porque, desesperado monseñor Gimel de poder cumplir su primera misión, que consistía en lograr nos fueran restituidas nuestras plazas, volvió á Florencia con Camilo Vitelli, y fué después al encuentro de los Orsini para darles dinero y hacerles entrar al servicio del rey de Francia. Los Orsini, obedeciendo las órdenes del Rey, levantaron inmediatamente el campo y se dirigieron al reino de Nápoles.

Entretanto Juan de Médicis se había apoderado de Vernio para prevenir que el Señor de aquel punto, si llegaba á ponerse de acuerdo con el enemigo, le dejara pasar por él.

La condesa de Imola tenía entonces desavenencias con Astorre, Señor de Faenza, á quien no quería dar su hija, que pocos meses antes le había prometido, y favorecía á Octavio de Manfredi que, con su auxilio y los de Vicente y Dionisio de Naldo, entró en Berzighella y ganó para sí todo el Val de Lamona, procurando desde allí entrar en Faenza; pero no podía, sin el auxilio de los florentinos, y lo reclamaba con grandes instancias. Por los apuros en que estaban, no accedieron los florentinos á favorecerle, y permanecieron neutrales, sin auxiliarle ni prohibirle que intentara la fortuna de las armas, por lo cual Astorre y los que gobernaban á Faenza, temerosos de ser vencidos por Octavio de Manfredi, auxiliado por los florentinos, se echaron en brazos de Venecia. Los venecianos aceptaron inmediatamente esta empresa y,

con pretexto de pagar los sueldos de cien hombres de armas, les prometieron diez mil ducados, recibiendo en cambio Faenza un gobernador veneciano. A causa de esto, Octavio de Manfredi, que estaba en Berzighella, se retiró al territorio de Florencia, y sus partidarios á las plazas fuertes del valle. Llegado á Faenza el gobernador veneciano, fué inmediatamente á Berzighella, para estar seguro, é hizo lo posible por atraerse á los de Naldo; pero no pudo conseguirlo y quemó y arruinó sus casas, declarando rebelde su partido.

Cuando los Orsini salieron de Toscana para ir al reino de Nápoles, quedaron los sieneses sin tropas. Estaban en Florencia los desterrados de esta ciudad, y se pensó en valerse de ellos para cambiar el gobierno de Siena, á fin de que, agradecidos á este favor, quedaran aliados de Florencia y les devolvieran Montepulciano. Negociábase para ello, fuera de Siena con los desterrados, y dentro con Lucio Belanti, descontento del Gobierno, que se entendía con los florentinos por medio de Braccio Martelli. Deseaba Belanti, antes de acudir á la fuerza, ganarse la voluntad del mayor número de ciudadanos, para que la cosa fuera más fácil; pero á los florentinos pareció la dilación demasiado larga y, excitados por los desterrados sieneses, determinaron concentrar inmediatamente todas sus fuerzas y llevarlas ante los muros de Siena. Aunque Braccio Martelli estaba en las inmediaciones de la ciudad, enviaron hacia Siena á Pedro Capponi, y ordenaron á Bernardo Nasi que, con todas sus tropas, se trasladara á Staggia, y á Pedro Juan de Ricasoli que alistara en el territorio de Pisa cuantos soldados pudiera.

Al saber en Siena todo lo ordenado, la llegada de Capponi á Staggia y el movimiento de tropas, Pandolfo

y los demás que gobernaban resolvieron enviar comisionados del gobierno á Capponi para negociar con él, á fin de ganar tiempo y con la esperanza de que, si las negociaciones duraban algunos días, los florentinos se verían apurados para defenderse de la liga, sabiendo que el duque de Milán y los demás aliados iban á atacar á Florencia, como amiga de Francia (1).

Fueron, pues, á Staggia, enviados por la Balía, Pandolfo Petrucci y Nicolás Borghesi, y con ellos Lucio Belanti. Quejáronse á Capponi de que las cosas de Toscana hubieran llegado á términos que, sin paciencia y prudencia, no se podían pacificar, y ambas virtudes debían ejercitarlas los más sensatos y menos aficionados á aventuras peligrosas. Después de otros muchos argumentos, ofrecieron convenir en que, durante tres años, nada se hablaría de Montepulciano, y pasado este término serían nombrados dos árbitros, amigos de ambas partes, que determinarían una indemnización para los florentinos. Aunque la proposición pareció absurda á Capponi, no quiso interrumpir las negociaciones, para que los sieneses confiaran en ellas y no temiesen que los florentinos acudieran á la fuerza.

Despedidos los comisionados, aquella misma noche partió con sus tropas y, situándose en Fontebicci, avanzó hasta las puertas de Siena y estuvo allí algún tiempo á caballo y con el ejército en orden de batalla, para ver si los amigos de los desterrados promovían algún desorden dentro de la ciudad. Pero nadie se movió en favor de los

(1) En el original de este fragmento hay una nota de Maquiavelo, que dice: *La buena fortuna de los franceses nos ha quitado el gobierno, y la mala nos quitará la libertad.* Los acontecimientos realizaron esta predicción.

expatriados, fuera por falta de valor de Belanti (porque los hombres son más atrevidos con la imaginación que con las obras), ó porque creyera demasiado numeroso el ejército florentino, ó porque temiera que, con aquel pretexto, procurara apoderarse de Siena. El ejército se retiró á Fontebicci y, reunidos en consejo los Comisarios, los capitanes y los desterrados, para determinar lo que debía hacerse, se advirtió en los capitanes disgusto y temor, y en los desterrados desilusión de que pudieran realizarse sus brillantes promesas y positivas esperanzas ante la admirable unión que había producido en Siena el miedo á perder la libertad. Resultando, pues, la empresa difícil y dudosa, convinieron en que no debían permanecer allí, sino retirarse, siendo imposible apartar de esta opinión á los capitanes, tanto que, sin licencia de los Comisarios empezaron á enviar sus tropas hacia Staggia, volviendo á los dominios de Florencia, y regresando Capponi á esta ciudad.

Para continuar las negociaciones que se tenían con los sieneses quedaron sólo Braccio Martelli y Juan Savello, á fin de que, perdida la empresa, no se perdiera también el crédito.

Por entonces fué concedida la gabela á los de Cortona, pero no á los de Arezzo, que también la querían.

FEBRERO DE 1496.

Algunos meses antes había sido enviado Galeotto de Pazzi á la Lunigiana para negociar con los gobernadores

de Serezana y Serezanello á quienes reclamó la devolución de estas plazas, á lo cual les inducía con buenas razones y con dinero; pero aquéllos, sin negarse rotundamente á entregarlas, diferían con varios pretextos su rendición.

En medio de esta incertidumbre, los genoveses, bien fuera por acuerdo secreto con los gobernadores de las citadas plazas, ó bien por creer que, cerrando el camino á los florentinos obligarían á alguno de aquéllos á abrirles las puertas, enviaron con dos Comisarios á Serezana unos mil infantes y doscientos caballos, que se situaron entre Serezana y San Francisco. Llevaban bastante dinero para asoldar más infantería y para someter á su voluntad al gobernador. Este envió uno de los suyos á Galeotto para pedirle auxilio y manifestarle que, si no lo recibía, pronto tendría que rendirse.

Sabido esto en Florencia, envió inmediatamente el gobierno á Fivizzano á Lorenzo Morelli, con orden de asoldar tropas en el territorio de Pisa y en el de Pistoia, y de valerse de los recursos de la comarca y de los favores de los marqueses, que eran amigos. Ordenóse también que D'Antraignes escribiera á aquel gobernador induciéndole á obedecer al rey de Francia, lo cual hizo, porque los florentinos le prometieron que, si por su intervención les restituían Serezana, procurarían ellos que el Rey le perdonara su desobediencia.

Fué con Morelli un Comisario francés encargado por el Rey de hacer que le entregaran la plaza y, deseando el Comisario entrar en Serezanello, determinó Morelli que le acompañaran mil hombres de infantería, después de obtener del marqués Gabriello que le dejara libre el paso por sus tierras. Salieron de Certano y, al llegar á